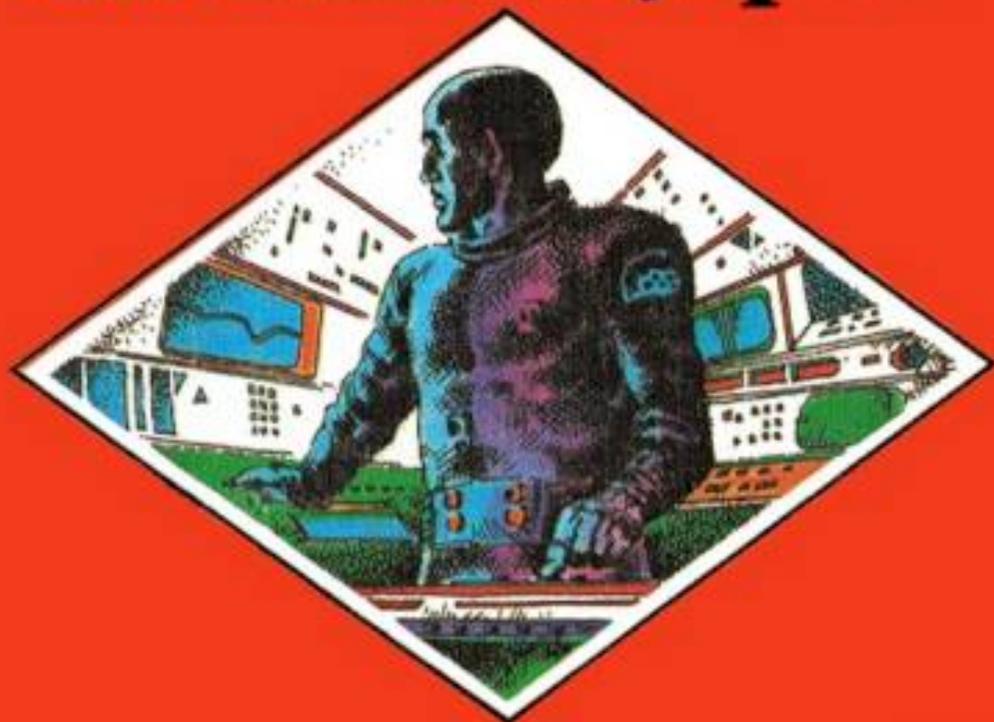




5

ISAAC ASIMOV

**Lucky Starr.
Las lunas de Júpiter**



EDICIONES INTEGRAS E ILUSTRADAS

Doctor en filosofía y profesor de bioquímica, Isaac Asimov une a su prestigio como divulgador científico el gran talento que le ha convertido en uno de los maestros de la ciencia ficción moderna y le ha hecho ganar los premios más importantes del género: el Hugo y el Nebula. *Lucky Starr. Las lunas de Júpiter* forma parte de la serie de ciencia ficción más perfecta de los últimos tiempos, que relata las aventuras del joven agente especial del Consejo de Ciencias, el organismo supremo que gobierna la Tierra y sus colonia del sistema solar. Reflexión acerca del destino de la humanidad, esta obra asombra al lector por su espléndida imaginación y su capacidad narrativa de primer orden.

1. DIFICULTADES EN JÚPITER NUEVE

Júpiter era un círculo casi perfecto de luz cremosa, con un diámetro aparente que equivalía a la mitad del de la Luna vista desde la Tierra, y una séptima parte de su luminosidad a causa de la gran distancia que le separaba del Sol. Aun así, constituía un hermoso e impresionante espectáculo.

Lucky Starr lo contempló pensativamente. Las luces de la sala de mandos estaban apagadas y Júpiter se hallaba centrado en la visiplaca, haciendo que su luz mortecina convirtiera a Lucky y su compañero en poco más que dos sombras. Lucky dijo:

—Si Júpiter fuera hueco, Bigman, podrías meter mil trescientos planetas del mismo tamaño que la Tierra y no podrías llenarlo del todo. Es mayor que todos los demás planetas juntos.

John Bigman Jones, que no permitía a nadie que le diera otro nombre que Bigman, y que medía un metro cincuenta y siete si se estiraba un poco, censuraba todo lo que fuera grande, excepto Lucky.

Dijo:

—¿Y de qué sirve? No se puede aterrizar en él. Ni siquiera se puede uno acercar.

—Quizá nunca aterricemos en él —repuso Lucky—, pero sí que podremos acercarnos en cuanto las naves Agrav es-

tén terminadas.

—Con los sirianos en el asunto —dijo Bigman, frunciendo el ceño en la penumbra—, no nos quedará más remedio que asegurarnos que así sea.

—Bueno, Bigman, ya veremos.

Bigman descargó su minúsculo puño derecho sobre la palma abierta de su otra mano.

—Arenas de Marte, Lucky, ¿cuánto rato tendremos que estar esperando aquí?

Se hallaban en la nave de Lucky, la *Shooting Starr*, que estaba en órbita alrededor de Júpiter, una vez hubo igualado su velocidad con Júpiter Nueve, el satélite más exterior del gigantesco planeta.

El satélite se mantenía estacionario a mil quinientos kilómetros de distancia. Oficialmente, su nombre era Adrastea, pero a excepción de los más grandes y cercanos, los satélites de Júpiter se conocían normalmente por medio de números. Júpiter Nueve sólo tenía ciento cuarenta y dos kilómetros de diámetro, y en realidad no era más que un asteroide, pero parecía más grande que el distante Júpiter, a veintitrés millones de kilómetros. El satélite era una escarpada roca, gris y amenazante a la débil luz del Sol, y de escaso interés. Tanto Lucky como Bigman habían visto un centenar de panoramas semejantes en la zona de los asteroides.

Sin embargo, en un sentido era diferente. Bajo su corteza, un millar de hombres y muchos millones de dólares estaban en acción para producir unas naves que fueran inmunes a los efectos de la gravedad.

No obstante, Lucky prefería contemplar Júpiter. Incluso a su presente distancia de la nave (en realidad tres quintas partes de la distancia entre Venus y la Tierra en su punto más próximo), Júpiter exhibía un disco lo bastante grande como para distinguir sus zonas coloreadas a simple vista. Éstas eran de color rosa pálido y azul verdoso, como si un

niño hubiera metido los dedos en pintura líquida y los hubiera pasado sobre la imagen de Júpiter.

Lucky casi se olvidaba del carácter mortífero de Júpiter al considerar su belleza. Bigman tuvo que repetir su pregunta en voz más alta.

—Oye, Lucky, ¿cuánto rato tendremos que estar esperando aquí?

—Ya sabes la respuesta, Bigman. Hasta que el comandante Donahue venga a recogerlos.

—Esa parte ya la conozco. Lo que yo quiero saber es por qué tenemos que esperarle.

—Porque él nos lo ha pedido.

—Oh, nos lo ha pedido. ¿Quién se cree ese tipo que es?

—El director del proyecto Agrav —dijo Lucky pacientemente.

—Aunque lo sea, tú no tienes por qué obedecerle, ¿sabes?

Bigman era plena y agudamente consciente de los poderes de Lucky. Como miembro titular del Consejo de Ciencias, la desinteresada y brillante organización que combatía a los enemigos de la Tierra dentro y fuera del Sistema Solar, Lucky Starr podía tomar sus propias decisiones incluso frente a personas de la más alta graduación.

Pero Lucky no pensaba hacer tal cosa. Júpiter era un peligro conocido, un planeta de insoportable gravedad; pero la situación en Júpiter Nueve era aun más peligrosa porque no se conocían los puntos exactos de peligro... y hasta que Lucky supiera algo más, avanzaría con sumo cuidado.

—Ten paciencia, Bigman —dijo. Bigman refunfuñó y encendió la luz.

—No vamos a estar contemplando Júpiter durante todo el día, ¿verdad?

Se aproximó a la pequeña criatura venusiana que subía y bajaba con rápidas sacudidas en su pecera llena de agua situada en una esquina de la sala de mandos. La escudriñó

a conciencia, mientras su boca esbozaba una sonrisa de placer. La rana-V siempre producía el mismo efecto en Bigman, o bien en cualquier otro. La rana-V era natural de los océanos venusianos, una cosa diminuta que a veces parecía ser toda ojos y pies. Tenía el cuerpo verde y similar al de una rana y no media más que quince centímetros de longitud. Sus dos grandes ojos sobresalían como un par de moras relucientes, y su pico afilado y enérgicamente curvado se abría y cerraba a intervalos irregulares. En aquel momento sus seis patas estaban retraídas, de modo que la rana-V descansaba sobre el fondo de la pecera, pero cuando Bigman dio unos golpecitos en la tapa superior, se desdoblaron como una regla de carpintero y se convirtieron en zancos.

Era una cosa horrorosa, pero Bigman la adoraba cuando estaba cerca de ella. No podía evitarlo. Cualquier otra persona habría sentido lo mismo. La rana-V se encargaba de ello.

Bigman examinó cuidadosamente el cilindro de dióxido de carbono que mantenía el agua de la rana-V bien saturada y saludable y se aseguró de que la temperatura del agua fuera de treinta y cuatro grados. (Los cálidos océanos de Venus estaban bañados por una atmósfera de dióxido de carbono y nitrógeno y saturados de ella. El oxígeno libre, inexistente en Venus excepto en las ciudades recubiertas hechas por el hombre en el fondo de sus bajíos oceánicos, habría sido muy difícil de respirar para la rana-V).

Bigman dijo:

—¿Crees que tendrá suficientes algas marinas? —Y como si la rana-V hubiera oído la pregunta, arrancó con el pico un zarcillo verde del alga venusiana que se extendía a lo largo de la pecera, y lo masticó lentamente.

Lucky repuso:

—Bastará hasta que aterricemos en Júpiter Nueve. —Y entonces los dos hombres alzaron vivamente la vista al oír el inconfundible zumbido de la señal receptora.

Un rostro severo y arrugado quedó centrado en la visiplaca cuando Lucky hubo hecho rápidamente los ajustes necesarios.

—Aquí Donahue —dijo enérgicamente una voz.

—Sí, comandante —repuso Lucky—. Le estamos aguardando.

—Pues despejen la antecámara para el ajuste del túnel.

En el rostro del comandante, escrita en una expresión tan clara como si consistiera en letras del tamaño de meteoros de la Clase 1, estaba la inquietud..., la angustia y la inquietud.

Lucky se había acostumbrado a no ver otra expresión en los rostros de los hombres durante las últimas semanas. En la del consejero jefe Héctor Conway, por ejemplo. Para el consejero jefe, Lucky era casi un hijo, y el anciano no tenía necesidad de fingir una tranquilidad que no sentía.

La sonrosada cara de Conway, normalmente afable y reveladora de una gran confianza en sí mismo bajo su corona de cabello blanco, estaba contraída en un ceño de inquietud.

—Hace meses que espero una oportunidad para hablar contigo.

—¿Algún problema? —preguntó serenamente Lucky. Hacía menos de un mes que había regresado de Mercurio, y había pasado todo ese tiempo en su apartamento de Nueva York—. ¿Por qué no me llamaste?

—Te habías ganado unas vacaciones —repuso ásperamente Conway—. ¡Ojalá pudiera autorizarte para que las prolongaras!

—Dime de qué se trata, tío Héctor.

Los cansados ojos del consejero jefe se clavaron en los del alto y ágil jovencito que tenía en frente y pareció encontrar consuelo en aquellos serenos ojos castaños.

—¡Sirio! —dijo.

Lucky sintió una oleada de excitación en su interior. ¿Era el gran enemigo por fin? Hacía siglos que las primeras ex-

pediciones procedentes de la Tierra habían colonizado los planetas de las estrellas más cercanas. En esos mundos localizados fuera del Sistema Solar se habían desarrollado nuevas sociedades; sociedades independientes que apenas recordaban su origen terrestre.

Los planetas sirianos formaban la más fuerte y antigua de estas sociedades. La sociedad se había desarrollado en mundos nuevos donde una avanzada ciencia explotaba sus ilimitados recursos. No era ningún secreto que los sirianos, convencidos de que representaban lo mejor de la humanidad, esperaban el día en que gobernarían a los hombres de todo el universo; y que consideraban a la Tierra, el mundo madre, como su mayor enemigo. En el pasado habían hecho todo lo posible para mantener a los enemigos de la Tierra en su planeta^[1], pero nunca se habían considerado bastante fuertes para arriesgarse a una guerra abierta. ¿Y ahora?

—¿Qué quieres decir con esto de Sirio? —preguntó Lucky.

Conway se apoyó en el respaldo de la silla. Sus dedos tabalearon ligeramente sobre la superficie de la mesa.

—Sirio se hace más fuerte a cada año que pasa —dijo—. Nosotros lo sabemos. Pero sus mundos están escasamente poblados; no son más que unos cuantos millones. Nosotros aún tenemos más seres humanos en nuestro Sistema Solar de los que existen en el resto de la Galaxia. Tenemos más naves y más científicos; aún les llevamos ventaja. Pero, por el espacio, no mantendremos esa ventaja si las cosas continúan igual.

—¿En qué sentido?

—Los sirianos están descubriendo cosas. El Consejo posee una evidencia terminante según la cual los sirianos están al tanto de nuestra investigación Agrav.

—¿Qué? —se sobresaltó Lucky. Había pocas cosas tan ultrasecretas como el proyecto Agrav. Una de las razones por las que su construcción había sido confinada a uno de

los satélites exteriores de Júpiter fue la de conseguir una mayor seguridad—. Gran Galaxia, ¿cómo ha ocurrido?

Conway sonrió amargamente.

—Ésta es la cuestión. ¿Cómo ha ocurrido? Se está filtrando toda clase de información con destino a ellos, y no sabemos cómo. Los datos del proyecto son lo que más nos preocupa. Hemos tratado de evitarlo. No hay un solo hombre en todo el proyecto que no haya sido cuidadosamente investigado. No hay precaución que no hayamos tomado. Sin embargo, la información sigue filtrándose. Hemos introducido datos falsos y también han trascendido. Lo sabemos por medio de nuestro servicio de información. Hemos introducido datos de tal forma que *no podían* trascender, y han trascendido.

—¿A qué te refieres con eso de que *no podían* trascender?

—Los esparcimos de manera que ningún hombre solo (de hecho, ni siquiera media docena de hombres) pudiera enterarse de todos. Pero así ocurrió. Eso significa que un cierto número de hombres está cooperando en el espionaje, lo cual resulta increíble.

—O que hay un hombre que tiene acceso a todas partes —dijo Lucky.

—Eso es igualmente imposible. Tiene que ser algo nuevo, Lucky. ¿Ves la implicación? Si Sirio posee una nueva forma de hurgar en nuestro cerebro, nunca más estaremos seguros. No podríamos organizar una defensa contra ellos. No podríamos hacer planes contra ellos.

—Espera un momento, tío Héctor. Gran Galaxia, no vayas tan deprisa. ¿A qué te refieres cuando dices que están hurgando en nuestro cerebro? —Lucky clavó su penetrante mirada en el anciano. El consejero jefe se ruborizó.

—Espacio, Lucky, me estoy desesperando. No veo de qué otra forma pueden hacerlo. Los sirianos deben de haber descubierto alguna forma de captación del pensamiento, de telepatía.

—¿Por qué te resistías a decirlo? Supongo que es posible. Por lo menos, nosotros conocemos uno de los medios prácticos de telepatía; las ranas-V venusianas.

—De acuerdo —repuso Conway—. Yo también he pensado en eso, pero ellos no tienen ninguna rana-V venusiana. Estoy al corriente de la investigación sobre ranas-V. Se necesitan miles trabajando en combinación para hacer posible la telepatía. Mantener un centenar de ellas en cualquier sitio que no fuera Venus sería horriblemente difícil, y muy fácil de descubrir. Y sin ranas-V no hay manera de obtener una comunicación telepática.

—Ninguna manera que nosotros conozcamos —objetó suavemente Lucky—, por ahora. Es posible que los sirianos estén más adelantados que nosotros en investigación telepática.

—¿Sin ranas-V?

—Incluso sin ranas-V.

—No lo creo —exclamó violentamente Conway—. No puedo creer que los sirianos hayan resuelto un problema que constituye un enigma para el Consejo de Ciencias.

Lucky reprimió una sonrisa ante el orgullo del anciano por la organización, pero tuvo que admitir que en ello había algo más que simple orgullo. El Consejo de Ciencias tenía en su seno la mayor colección de hombres inteligentes que la Galaxia había visto jamás, y durante un siglo cualquier adelanto científico de alguna importancia se había debido únicamente al Consejo. No obstante, Lucky no pudo evitar una pequeña observación irónica.

Dijo:

—Sus robots están más perfeccionados que los nuestros.

—No exactamente —replicó Conway—. Sólo en su aplicación. Los terrícolas inventamos el cerebro positrónico que hizo posible el moderno hombre mecánico. No lo olvides. La Tierra es la promotora de todos los adelantos básicos.

Es sólo que Sirio construye más robots y —titubeó— ha perfeccionado algunos detalles técnicos.

—Es lo que pude comprobar en Mercurio —dijo sombríamente Lucky^[2].

—Sí, lo sé, Lucky. Te salvaste por los pelos.

—Pero ya todo ha pasado. Consideremos lo que ahora nos preocupa. La situación es ésta: Sirio está llevando a cabo una triunfal labor de espionaje y nosotros no podemos evitarlo.

—Sí.

—Y el proyecto Agrav está seriamente afectado.

—Sí.

—Y supongo, tío Héctor, que lo que tú quieres es que vaya a Júpiter Nueve y averigüe lo que está sucediendo.

Conway asintió tristemente.

—Es lo que me gustaría que hicieras. Ya sé que no es justo. Me he acostumbrado a considerarte como mi as, mi comodín, un hombre al que puedo encargar de resolver cualquier problema y estar seguro de que lo resolverá. Sin embargo, ¿qué podrías hacer en este caso? No hay nada que el Consejo no haya intentado y no hemos localizado a ningún espía ni método de espionaje. ¿Qué otra cosa podemos esperar de ti?

—No de mí solo. Tendré ayuda.

—¿Bigman? —El anciano no pudo reprimir una sonrisa.

—No sólo Bigman. Déjame preguntarte una cosa. Que tú sepas, ¿saben los sirianos algo sobre nuestra investigación acerca de las ranas-V en Venus?

—No —respondió Conway—. No se ha filtrado ninguna información de esa clase, que yo sepa.

—Entonces solicito que me sea asignada una rana-V.

—¡Una rana-V! ¿Una rana-V?

—Eso es.

—¿Y de qué va a servirte? El campo mental de una sola rana-V es terriblemente débil. No podrás leer el pensamiento de nadie.

—Es verdad, pero podré detectar oleadas de fuerte emoción.

Conway repuso pensativamente:

—Es posible, pero ¿de qué va a servirte?

—Aún no estoy seguro. Sin embargo, será una ventaja que otros investigadores no han tenido. Una onda emocional inesperada por parte de alguien de allí puede ayudarme, puede proporcionarme una base en que fundar mis sospechas, puede señalarme el camino de la futura investigación. Y, además...

—¿Sí?

—Si alguien tiene poder telepático, sea natural o desarrollado por medio de alguna ayuda artificial, puedo detectar algo mucho más fuerte que una oleada de emoción. Puedo detectar un pensamiento, un pensamiento importante, antes de que el individuo haya leído en mi mente lo bastante para ocultar sus pensamientos. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—También podría detectar tus emociones.

—Teóricamente, sí, pero yo estaré a la espera de una emoción, por así decirlo. Él, no.

Los ojos de Conway se iluminaron.

—Es una esperanza muy débil, pero, por el espacio, ¡es una esperanza! Te conseguiré la rana-V... Pero una cosa, David... —y era sólo en momentos de gran inquietud cuando empleaba el verdadero nombre de Lucky, aquel por el que el joven consejero había sido conocido a lo largo de toda su infancia—, quiero que comprendas la importancia de todo esto. Si no averiguamos lo que están haciendo los sirianos, significa que realmente han logrado sobrepasarnos. Y eso significa que la guerra no puede demorarse mucho. La guerra o la paz dependen de esto.

—Lo sé —dijo Lucky en voz baja.

2. EL COMANDANTE SE ENFA- DA

Y así sucedió que Lucky Starr, terrícola, y su pequeño amigo, Bigman Jones, nacido y criado en Marte^[3], atravesaron el cinturón del asteroide y se internaron en las zonas externas del Sistema Solar. Y fue por esta razón también que un nativo de Venus, que no era un hombre, sino un pequeño animal que leía el pensamiento e influenciaba la mente, les acompañó.

Ahora flotaban a mil quinientos kilómetros por encima de Júpiter Nueve y esperaban que un flexible túnel transportador uniera la *Shooting Starr* y la nave del comandante. El túnel enlazó una antecámara de compresión con otra y formó un pasadizo que los hombres podían utilizar para ir de una nave a otra sin tener que ponerse un traje espacial. El aire de ambas naves se fusionaba, y un hombre habituado al espacio, aprovechándose de la ausencia de gravedad, podía lanzarse por el túnel tras un solo empujón inicial y guiarse en aquellos lugares donde el túnel describía una curva con la suave fuerza reguladora de un codo bien colocado. Las manos del comandante fueron la primera parte de su cuerpo que apareció por la abertura de la antecámara. Se asieron al borde de la abertura y empujaron de tal forma que el comandante entró de un salto y se encontró en el campo de gravedad artificial localizada (o campo de seudogravedad, como se denominaba habitualmente) sin

apenas tambalearse. Fue una buena entrada, y Bigman, que era muy exigente con toda clase de técnicas espaciales, movió aprobativamente la cabeza.

—Buen día, consejero Starr —dijo Donahue con aspereza.

Siempre era difícil escoger entre el «buenos días», «buenas tardes», o «buenas noches» en el espacio, donde, literalmente hablando, no había ni día, ni tarde, ni noche. «Buen día» era el término neutral empleado normalmente por los astronautas.

—Buen día, comandante —dijo Lucky—. ¿Es que hay alguna dificultad para nuestro aterrizaje en Júpiter Nueve que justifique este retraso?

—¿Alguna dificultad? Bueno, depende de cómo se mire. —Paseó la mirada a su alrededor y se sentó en uno de los pequeños taburetes destinados al piloto—. Me he puesto en contacto con la sede del Consejo, pero ellos dicen que he de hablar con usted directamente, así que aquí estoy.

El comandante Donahue era un hombre de aspecto vigoroso que siempre parecía estar preocupado. Su rostro mostraba profundas arrugas, y su cabello grisáceo dejaba entrever que en otro tiempo había sido castaño. Sus manos tenían prominentes venas azules, y hablaba de forma explosiva, lanzando las frases en una rápida sucesión de palabras.

—¿Hablar conmigo sobre qué, señor? —preguntó Lucky.

—Sobre esto, consejero. Quiero que regrese a la Tierra.

—¿Por qué, señor?

El comandante no miró directamente a Lucky mientras hablaba.

—Tenemos un problema de moral. Nuestros hombres han sido investigados e investigados e investigados. Todos ellos han sido hallados inocentes cada vez, y cada vez se inicia una nueva investigación. No les gusta y a usted tam-

poco le gustaría. No les gusta que sospechen continuamente de ellos. Y yo estoy de su parte. Nuestra nave Agrav está casi terminada y éste no es momento para molestar a mis hombres. Hablan de declararse en huelga.

Lucky repuso tranquilamente:

—Sus hombres pueden haber sido declarados inocentes, pero la información sigue filtrándose.

Donahue se encogió de hombros.

—Entonces debe proceder de algún otro lado. Debe...

—se interrumpió y una repentina e incongruente nota de cordialidad entró en su voz—. ¿Qué es eso?

Bigman siguió la dirección de su mirada y se apresuró a contestar:

—Eso es nuestra rana-V, comandante, y yo soy Bigman.

El comandante no dio muestras de haber oído la presentación. En cambio, se acercó a la rana-V, con la vista fija en la pecera.

—Es una criatura de Venus, ¿verdad?

—Así es —repuso Bigman.

—Había oído hablar de ellas. Sin embargo, nunca había visto ninguna. Es un animalito muy simpático, ¿verdad?

Lucky esbozó una sonrisa divertida. No encontraba raro que, en medio de una importantísima conversación, el comandante lo olvidara todo para extasiarse ante la pequeña criatura acuática de Venus. La misma rana-V lo hacía inevitable.

La pequeña criatura miraba también a Donahue con sus ojos negros, balanceándose sobre sus patas extensibles y haciendo un ligero ruido con su pico de loro. En todo el universo conocido su medio de supervivencia era único. No tenía armas defensivas, ni armadura de ninguna clase. No tenía garras ni dientes ni cuernos. Su pico podía morder, pero ni siquiera este mordisco hacía daño a una criatura mayor que ella. Sin embargo, se multiplicaba libremente en la superficie cubierta de algas del océano venusiano, y ninguno de los feroces predadores de las profundidades oceá-